

CAPITULO III.

LA DOCTRINA PROTESTANTE.

SECCION PRIMERA.

LA RELIGION.

§ I. — El hombre y Dios.

La Reforma tiene su sistema teológico, que presenta en oposición á los dogmas del catolicismo. Sin embargo, las creencias fundamentales de ambas confesiones son idénticas; lo eran sobre todo en la época en que Lutero enarboló la bandera de la rebelion contra Roma. El gran reformador no era un hombre de doctrina, sino un hombre de accion; atribuia poca importancia á las discusiones puramente teológicas; le recordaban las vanas disputas de la escolástica, que acabaron por alterar el sentimiento religioso. La mision de Lutero era reavivar la fe; debia, pues, concentrar sus esfuerzos en los vínculos que unen al hombre con Dios. Hé aquí por qué la justificacion, el pecado original, la gracia, la predestinacion y la redencion desempeñan tan gran papel en la polémica protestante. A fuerza de exaltar su libertad y su mérito, el hombre se habia alejado de Dios; Lutero le hizo volver á Dios, haciéndole ver su impotencia para conseguir su salvacion, y que no tenía más que un solo medio para justificarse despues de la caída

que le ha hecho esclavo del pecado, la fe en Aquel que tomó la forma de esclavo para redimir á los hombres.

Este mismo dogma, de que se sirvió Lutero para reavivar el sentimiento cristiano, fué tambien el arma de guerra con que venció al Pontificado. El catolicismo procede, como la Reforma, del pecado original y de la redencion; pero no reduce á la nada al hombre ante Dios, le deja participacion en la obra de su salvacion. Hemos dicho en otra parte que reconociendo la libertad del hombre es como la Iglesia halló medio de esclavizarlo; ella preside á las obras meritorias, necesarias para la justificacion; solamente por su intermedio se entra en el reino de los cielos. Todo el aparato de la ortodoxia se desploma si el hombre no tiene parte en su justificacion; si la fe y la gracia lo hacen todo, ¿para qué hace falta entonces la Iglesia? Su autoridad no es más que tiranía. La Reforma emancipa á los discípulos de Cristo, les devuelve la libertad cristiana; siervos ante Dios, son libres ante los hombres (1).

Es menester considerar la doctrina protestante en este conjunto para apreciarla bien. A primera vista la Reforma parece un paso hácia atras: en efecto, el catolicismo reconoce la libertad del hombre, mientras que los reformadores declaran que la libertad es una palabra que carece de sentido. Pero ¿por qué dice Lutero que el hombre es siervo del pecado? Para humillar su orgullo, para obligarle á doblar las rodillas ante Dios y á someterse por completo á Aquel de quien debe esperar todo y temerle todo. La misma doctrina que subordina el hombre á Dios lo libra del yugo de la Iglesia. Aquí está el principio del progreso. La Iglesia habia tenido á la humanidad en tutela, tutela necesaria mientras la pupila fué de menor edad; pero quiso eternizar su poder, y entonces de protector se convirtió en tiránico. En lugar de fomentar el sentimiento religioso, no vió en la religion más que una mina que explotar para asegurar su dominacion; estaba, pues, llamada á desaparecer. Pero su fuerza era tal, que ningun poder humano se

(1) «Seamos, dice G. FAREL, por el Evangelio, siervos de Dios y del Evangelio, y emancipados de todo lo que Jesucristo no nos ha ordenado y que no contiene el Evangelio.» (GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. III, 2, p. 144, nota 3.)

hubiera atrevido á atacarla: la Iglesia, que habia usurpado el poder en nombre de Dios, no podia ser vencida más que con las armas que le habian dado el imperio. Esto es lo que hizo Lutero, volviendo contra ella el pecado original, la gracia, la predestinacion y la redencion. La victoria fué grande y saludable para la humanidad. ¿Quiere esto decir que el dogma de la justificacion y las creencias que á él se refieren sean la expresion de la verdad y hayan de subsistir en la religion del porvenir? No, no han sido, bajo el punto de vista providencial, más que un arma de guerra; la lucha ha terminado, se ha ganado la batalla; hora es de soltar las armas. Libre de las trabas de la Iglesia, el género humano sigue su camino bajo la inspiracion y con el apoyo de Dios.

N.º 1.—*Pecado original. Gracia. Predestinacion. Justificacion.*

El catolicismo y el protestantismo tienen el mismo punto de partida; enseñan que el hombre, tal como salió de las manos de Dios, era justo y santo. Pero no están conformes respecto del carácter de esta santidad: ¿estaba en la naturaleza del hombre, ó le habia sido dada por un dón sobrenatural? Los católicos sostienen la última opinion. De aquí resulta una consecuencia muy importante para el dogma del pecado original. El hombre ha caido por el pecado, pero su naturaleza no ha sufrido alteracion; sigue siendo la misma, ménos la santidad primitiva. La corrupcion del hombre no viene, pues, de la corrupcion de su naturaleza, sino de la ausencia de un dón sobrenatural (1). Así, aunque el pecado original haya sometido al hombre á la muerte y le haya hecho incapaz de conseguir su salvacion sin la mediacion de Jesucristo, sigue siendo libre, y no comete el mal por necesidad (2).

(1) BELLARMINUS, *De gratia primi hominis*, c. 5: «Corruptio natura non ex alicujus doni naturalis carentia, neque ex alicujus malæ qualitatis accessu, sed ex sola doni supernaturalis ob Adæ peccatum amissione profluxit. Quæ sententia communis est doctorum scholasticorum veterum et recentiorum.»—C. MOEHLER, *Symbolik*, p. 5.—BAUR, *Der Gegensatz des Protestantismus und des Katholicismus*, p. 30 y sig.

(2) MOEHLER, *Symbolik*, p. 31.

Los protestantes dicen, y no sin razon, que si el hombre no ha perdido por el pecado más que el dón sobrenatural de la gracia, ya no hay pecado original; que la naturaleza del hombre es hoy lo que era en el nacimiento de Adán (1). Y si la naturaleza del hombre no ha sufrido alteracion, ¿dónde está la necesidad de un Reparador, de un Redentor? ¿Qué viene á ser la Encarnacion del Hijo de Dios? Una obra supérflua, dice Lutero (2). Los reformadores no podian aceptar una doctrina que rehabilita al hombre y lo aleja de Dios, haciéndole ménos necesario su apoyo; volvieron á la severa opinion de San Agustin. El estado del hombre despues del pecado no es ya el estado primitivo; ha sufrido alteracion; su naturaleza no es, pues, ya la misma. No hay nada en él más que pecado y corrupcion; su naturaleza está tan viciada, que necesita un reparador para cambiarle más bien que para curarle. Incapaz de elevarse á Dios, el hombre no puede hacer nada por su salvacion; no es nada sin la gracia; concederle la menor facultad de hacer el bien es lisonjear su orgullo; es preciso, por el contrario, humillarlo, haciéndole ver que está en una dependencia absoluta de Dios (3).

Si el hombre no puede hacer nada por su salvacion, se deduce que Dios únicamente lo salva. Salva á unos y no salva á otros: de aquí el terrible dogma de la predestinacion. La predestinacion está en gérmen en la doctrina de San Agustin, pero el Padre de la Iglesia retrocede ante las consecuencias espantosas que de ella se deducen. Los reformadores no vacilaron; para reducir al hombre á la nada, llegan hasta hacer de Dios un poder ciego y fatal. Lutero atacó la libertad ántes de atacar al Papa. Entre las proposiciones condenadas en la bula de Leon X se lee: «El libre arbitrio despues del pecado es una cosa puramente nominal.» Lutero respondió: «Confieso que me he equivocado: hubiese debido decir que el libre arbitrio es una ficcion, una palabra sin realidad alguna.» Despues, apoyándose en San Agustin, lanza contra la liber-

(1) BAUR, *Der Gegensatz, das Katholicismus*, p. 36.

(2) LUTHERI *Commentar. in Genes. 3*: «Sed vido quid sequatur ex illa sententia si status justitiam naturalem non fuisse nature, sed donum quoddam superfluum superadditum; annon igitur frustra est mittere redemptorem Christum?»

(3) CALVINO, *Institut.*, II, 1, 8, 9.

tad todo su desden: «El Padre de la Iglesia dice que el hombre no es libre más que para pecar. ¡Famosa libertad! Es como si dijéranos de un cojo que anda derecho. El hombre sin la gracia es libre como lo son las fieras. No se encuentra en la Escritura la palabra libre arbitrio; San Pablo dice que el hombre es esclavo del pecado, y por esto San Agustín llama siervo al arbitrio» (1). Si el hombre es siervo, el señor es Dios: Lutero se complace en rebajar la razón humana ante el poder divino. Sin embargo, el poder absoluto del Creador sobre la criatura que da por resultado la condenación de los unos y la salvación de los otros, llena de confusión al reformador; pero la Escritura habla; es preciso que la razón se someta, es preciso que la conciencia misma se calle para aceptar las proposiciones inmorales que se deducen del imperio de Dios sobre el hombre siervo: «Todo el bien y el mal que se realizan en el hombre tiene lugar por una necesidad inevitable. Es Dios quien opera en nosotros el bien y el mal que hacemos; el adulterio de David es obra suya, lo mismo que la vocación de San Pablo; en fin, no es más indigno de Dios el condenar á los inocentes que el perdonar á los culpables, como lo hace.»

La predestinación fué el tormento de la vida de Lutero: por más empeño que pusiese en hacer callar á su razón, su conciencia se rebelaba. Hubo un espíritu más fuerte, un teólogo legista, acostumbrado á manejar las ideas como números y á aceptar resueltamente todas las consecuencias á que le condujese el cálculo teológico. Calvino se burla de los que admiten la predestinación de los elegidos y rechaza la predestinación de los condenados: «Pura inconsecuencia, dice, y puerilidad. ¿Podría haber elegidos si no hubiera condenados? ¡Si Dios elige á unos, es claro que reprueba á los otros!» (2). Para salvar la libertad humana y la justicia divina, los teólogos atribuían la predestinación á la presciencia de Dios y no á su voluntad arbitraria: «¡De manera, exclama Calvino, que la decisión de Dios dependerá del libre arbitrio de los hombres! Esto es indigno de Dios; todo depende de su exclusiva voluntad; si los unos se condenan y los otros se

(1) LUTERO, *Assertio articulorum per bullam Leonis damnatorum*, art. 36.

(2) CALVINO, *Instit.*, III, 23, 1.

salvan, es porque Dios ha creado á los unos para la muerte y á los otros para la vida» (1). Es inútil añadir que Dios no solamente permite el mal, sino que lo quiere. Un discípulo de Calvino dice en su lenguaje claro y preciso: «Dios hace todas las cosas según su consejo determinado, áun aquellas que son malas y execrables» (2). Dios ha querido el pecado del primer hombre, y ha querido también, por consiguiente, la condenación de una gran parte de su raza. ¡Si se pregunta á Calvino para qué ha creado Dios á los hombres, sabiendo que se han de condenar y queriéndolo, responde sin turbarse que para su gloria! (3).

Este imperturbable lógico encontró, sin embargo, un adversario, la conciencia humana; ésta se subleva ante la idea de que el hombre sea siervo de Dios, y que Dios, entre esclavos que todos merecen la muerte, escoja algunos, los menos, para salvarlos, y entregue la mayoría á los tormentos eternos del Infierno. En vano Lutero y Calvino deducían esta horrible creencia (4) de otro dogma admitido por todos los cristianos; los fieles preferían ser inconsecuentes á tener por Dios un ser caprichoso y al mismo tiempo cruel. Melancton, menos teólogo que los reformadores, pero más hombre, se hizo órgano de estas tendencias. Niega con todas sus fuerzas que Dios sea la causa del pecado y que quiera la condenación de los hombres: «La causa del pecado, dice, debe buscarse en la criatura y no en el Creador: Dios quiere la salvación de todos los hombres: si hay algunos que se condenan, es porque su voluntad se opone á la acción de la gracia divina» (5). Los libros simbólicos de los protestantes retrocedieron igualmente ante la lógica de Calvino; de aquí sus inconsecuencias. Sientan el principio de que el hombre es el autor del pecado, lo cual implica que es libre; sin embargo, rechazan la libertad como una creencia pagana. Esto no les impide afirmar que, si no se salvan

(1) CALVIN, *Instit.*, III, 21, 5: «*Non enim pari conditione creantur omnes; sed aliis vita æterna, aliis damnatio æterna præordinatur.*»

(2) TH. DE BÈZE, *Exposición de la fe*, c. 2, concl. 1.

(3) CALVINO, *Instit.*, III, 23, 8: «*Videbat, nominis sui gloriam inde merito illustrari.*»

(4) CALVINO mismo le llama *decretum horribile* (*Instit.*, III, 23, 7).

(5) MELANCHTHON, *Loci theologici*, De causa peccati, de libero arbitrio.

todos los hombres, debe atribuirse á ellos únicamente. Parece que debería deducirse de aquí que el hombre entra por algo en su salvación; no; esta doctrina está condenada (1). Estas contradicciones resultan de la lucha del buen sentido y de la conciencia contra la lógica; vale más la inconsecuencia de Melancton que la lógica de Calvino.

Para comprender la doctrina de Lutero y de Calvino es preciso tener en cuenta la misión de estos reformadores. No se habían rebelado contra Roma para exaltar la libertad humana; para esto no hace falta salir del seno de la Iglesia, puesto que el catolicismo admitía el libre arbitrio. La misión de los reformadores era precisamente negar la libertad. De aquí su inexorable lógica y hasta su oposición con el sentido común. La gran cuestión que preocupaba á las almas religiosas en el siglo XVI era la de la salvación. ¿Cómo se justificará el hombre ante Dios? Los católicos respondían: « Por medio de sus obras. » Los protestantes respondían: « Por medio de la fe. » Como la fe es un puro don de Dios, en el que no entra el hombre para nada, resultaba que la salvación dependía enteramente de la gracia divina. Los católicos no negaban la gracia; pero interviniendo el hombre en las obras, le reconocían parte en su justificación. Llevada al extremo, la doctrina protestante parece una apuesta contra el buen sentido; pero no debe olvidarse cuál era la práctica contra la cual estaban llamados á influir los reformadores. Las obras que el catolicismo declaraba indispensables para la salvación, no eran ni más ni menos que un tráfico cuyas utilidades recaían en la Iglesia; los católicos creían comprar la vida eterna haciendo oración, ayunando ó pagando oraciones. Contra este farisismo tronó Lutero con indignación (2). La doctrina de las obras, aun sin hablar de los abusos inevitables á que da lugar, comprometía la religión á los ojos de los reformadores; en efecto, su tendencia era á ensalzar al hombre, puesto que le atribuía parte en su salvación; ahora bien, el ensalzar al hombre ¿no es rebajar á Dios? Es ofender á Jesu-

(1) BAUR, *der Gegensatz des Katholicismus*, p. 62-64.—STRAUS, *die christliche Glaubenslehre*, t. II, p. 442-446.

(2) LUTHER, *Sermon von guten Werken* (t. XVII, p. 396, 398).

cristo, es casi declarar inútil su sacrificio (1). Sin embargo, el dogma católico tiene algo de consolador; lleva al hombre á su salvación por medio de una serie de esfuerzos sucesivos, estimula su actividad y le tiene siempre en jaque; este progreso en el bien sostiene al fiel que tiene fe en la Iglesia. El protestantismo dice al hombre que el apoyo de la Iglesia es un apoyo engañoso; le dice que no puede tener confianza alguna en sus obras; que la obra más santa, si Dios la juzgase con severidad, sería un pecado (2). Los reformadores no querían dejar al hombre más asilo que Dios; pero abandonándole impotente y culpable en brazos del Creador, ¿no corrían el mismo riesgo de sumirle en la desesperación ó de no dejarle más que una sombría resignación?

N.º 2. — *Apreciación del dogma protestante.*

Los protestantes tienen razón en decir que el dogma católico es una desviación de la doctrina de San Agustín. Ahora bien, en separándose del rigor del Padre de la cristiandad latina, hay probabilidades de estrellarse contra un escollo peligroso: el pelagianismo. Precisamente para evitar este peligro formuló San Agustín su doctrina. Pelagio decía que el arbitrio era libre; San Agustín declaró que era siervo. Pelagio rompía el vínculo entre el Creador y la criatura; San Agustín puso al hombre bajo la absoluta dependencia de Dios. El aflojar este vínculo ¿no es volver á los errores de Pelagio, no es conmover el cristianismo en su base más sólida? De aquí los ataques que los protestantes dirigen al catolicismo por tener tendencias al pelagianismo, y quien dice pelagiano dice casi sociniano (3). Los católicos rechazan con viveza la acusación de pelagianismo; según ellos, el decir que el hombre entra por algo en su salvación, no es decir que la merezca (4). A esto responden los protestantes que por poco que se debilite la

(1) *Apologia*, III, 139: « Alioqui quorsum opus erat Evangelio, quorsum Christo? »

(2) CALVIN., *Instit.*, III, 14, 11.

(3) BAUR, *der Gegensatz des Katholicismus una Protestantismus*, p. 161-164.

(4) MOEHLER, *Symbelik*, p. 102.

accion de la gracia, y queda debilitada en cuanto se atribuye al hombre alguna parte en su justificacion (1), el pecado original se debilita, y con el pecado original desaparece la necesidad de una reparacion, y por consiguiente, la de la revelacion, ó por lo ménos, disminuye mucho.

Es verdad que el catolicismo, aún cuando altera el dogma del pecado original, no deja de sostener la necesidad de la redencion. Esto es una inconsecuencia, dicen los protestantes. Bajo nuestro punto de vista hay un elemento de verdad en la inconsecuencia de los católicos. A pesar de los errores de los teólogos, el sentimiento de la libertad ha quedado en el fondo de la conciencia humana; es tan vivo, tan indestructible, que aún aquellos mismos que en virtud de su doctrina deberian negar el libre arbitrio, lo reconocen. San Agustin, si hubiera sido tan lógico como Calvino, hubiera llegado al mismo resultado; pero el gran doctor prefirió ser inconsecuente á negar un hecho cuya prueba lleva en sí cada hombre. El catolicismo es más inconsecuente aún que San Agustin, y, por consiguiente, está más cerca de la verdad; no solamente admite la libertad en teoría, sino que reconoce que el hombre tiene parte en su salvacion. Escuchemos á Bossuet: « Dios dice que dará á cada cual segun sus obras; ¿no quiere esto decir que tratará á cada cual segun se merece? Hay, pues, alguna justicia en la coronacion de los elegidos. Pero, si la vida eterna no es dada como recompensa, también nos es dada como gracia, porque las buenas obras que nos la facilitan, son también un don de Dios » (2). Hé aquí cómo entiende el catolicismo la participacion del hombre y la de Dios en la justificacion.

El dogma protestante es más lógico que el catolicismo. Si se admite el pecado original, hay que reconocer con San Agustin que el hombre caído ha llegado á ser esclavo del pecado; incapaz de levantarse hasta Dios por sus propias fuerzas, no puede entrar por nada en su renacimiento; la voluntad de Dios es quien lo realiza, y esto conduce á la predestinacion de los elegidos y los con-

(1) El concilio de Trento dice (*Sess. VI de Justificatione, c. 7*): « *Justitia Dei renovamur...., unusquisque suam secundum mensuram, et secundum propriam cujusque dispositionem et cooperationem.* »

(2) BOSSUET, *Sermon acerca de la limosna* (Obras, t. V, p. 505).

denados. Los protestantes confiesan hoy que este dogma subleva la conciencia humana (1), no tienen ya la fe ciega de Lutero que triunfaba del absurdo de las creencias cristianas; ahora bien, lo que es absurdo á los ojos de la razon, y lo que subleva la conciencia, es falso; el *creo porque es absurdo* pasó ya, y los teólogos tienen que renunciar á él. Siendo falso el punto de partida del protestantismo ¿cómo han de ser ciertas las consecuencias? « Es una doctrina extraña é inconcebible, dice Bossuet, que Dios, al concedernos la vida eterna, no tenga en cuenta nuestras obras. Jesucristo dice á cada momento que toda la religion consiste en amar á Dios y á su prójimo; y sin embargo, segun los reformadores, no es la caridad la que justifica, sino la fe, es decir, una inspiracion divina enteramente independiente de la voluntad del hombre. » La filosofia va más lejos que Bossuet en su crítica del dogma protestante. Un dia la humanidad se admirará de que se haya hecho una revolucion religiosa con la justificacion por medio de la fe. ¿La fe en quién? En el Redentor, el Hijo de Dios. ¡De manera que la fe en una redencion imaginaria es el único medio de salvacion! ¡De manera que los que no pueden creer en una cosa imposible no se salvan! ¡De modo que los pueblos que nunca han oido hablar de Cristo quedarán sumidos para siempre en las tinieblas de la muerte! ¡De manera que la vida santa de un Sócrates, de un Epicteto, es un pecado, porque no han tenido la fe del Mediador!

El catolicismo es en cierto sentido superior á la Reforma; reconoce el libre arbitrio, al paso que los reformadores quisieran proscibir esta palabra de la teología (2). En este punto la filosofia está conforme con la doctrina católica; pero quiere la libertad real, y no como medio de someter á la humanidad á una Iglesia determinada; libre ante Dios el hombre, lo es con mayor razon ante sus semejantes. La filosofia puede tomar también del catolicismo la idea de la justificacion, en cuanto reconoce al hombre parte en la obra de su salvacion. Por el solo hecho de ser el hombre libre debe procurarse por sí mismo su salvacion con el apoyo

(1) BAUR, *der Gegensatz des Katholicismus*, p. 108.

(2) MICHELET, *la Reforma*, p. 109.

y bajo la inspiracion de Dios. La justificacion no se realiza milagrosamente por un acto de fe, como dicen los protestantes. Porque la salvacion no es otra cosa que la perfeccion relativa que la criatura puede alcanzar, y la perfeccion es el resultado final del desenvolvimiento de nuestras facultades, lo cual implica una serie de esfuerzos y de progresos. Los católicos tienen, pues, razon al enseñar que la justificacion es sucesiva; el progreso que admiten en el bien es en el fondo la doctrina del desenvolvimiento progresivo del hombre, solamente que el progreso no llega nunca á su último límite; no hay, pues, santos. Pero tampoco el progreso se ve nunca detenido por la muerte; si hay un Purgatorio, no hay un Infierno. ¿Cómo tiene lugar esta justificacion progresiva? Tambien en esto se aproxima la filosofía al catolicismo. Las obras son las que justifican, como decia Cristo; la perfeccion del hombre consiste, en efecto, en la abnegacion y en el sacrificio por sus semejantes.

Es inútil añadir que la filosofía rechaza la parte supersticiosa de la doctrina cristiana. Sin dejar de conceder al hombre participacion en su salvacion, el catolicismo enseña que la justificacion tiene lugar por el efecto milagroso de la gracia divina; el protestantismo exagera este dogma, diciendo que solamente la fe justifica. La verdad es que la gracia ó la inspiracion de Dios nos ayuda en el trabajo de nuestro perfeccionamiento; pero no nos hace perfectos, ni justos, ni santos. Hablando en lenguaje teológico, la justificacion no es el producto instantáneo de la accion de Dios, es la tarea infinita de la existencia infinita del hombre. El error de la doctrina cristiana estriba en su concepcion de la vida. La vida del cristiano está limitada á la existencia terrestre, en el sentido de que debe justificarse ántes de morir; á su muerte se decide la terrible cuestion de ser ó no ser. Para las almas religiosas esta conviccion es desconsoladora y está llena de angustias. ¿Cómo puede el hombre adquirir la conviccion de que siendo débil y culpable merece el cielo, es decir, la felicidad infinita? En vano hará todo lo que se llaman buenas obras; conocerá que hay algo de imperfecto aún en sus actos más puros, conocerá que hay un abismo entre su imperfeccion y el estado de perfeccion á que aspira. Sin embargo, no tiene más que algunos instantes para dedi-

carse á este trabajo de perfeccionamiento. Para salvar al hombre de estas angustias enseña el protestantismo que solamente la fe justifica, que no es nuestro trabajo el que nos hace justos, sino el mérito infinito de un sér infinito. Esto es cortar la dificultad por medio de un milagro que la razon rechaza. No hay más que un medio de conciliar todas las contradicciones y de reunir en una armonía superior lo que encierran de verdad el catolicismo y el protestantismo, y es admitir una vida infinita y progresiva.

La creencia en una vida progresiva es inconciliable con la idea de un pecado original que hubiese viciado la naturaleza hasta el punto de que para repararlo haya sido necesaria la intervencion milagrosa de Dios. En efecto; el pecado es un efecto de la libertad; ahora bien, la pena, lo mismo que la falta, corresponde al individuo y no á la especie. Verdad es que siendo la criatura un sér finito y falible, todo hombre peca; pero la falta varía en cada individuo, y lo mismo la pena. El pecado no produce jamas una corrupcion absoluta de la naturaleza; no hace más que alejar de Dios al pecador. Pero por culpable que se le suponga, el hombre sigue siempre unido á Dios por la gracia, conserva su libertad; puede, pues, siempre rehabilitarse; la pena misma que Dios le impone es el instrumento de su renacimiento. Tales son, bajo el punto de vista de la filosofía, el pecado y la redencion. Puesto que el hombre avanza en el camino del bien ayudado por la gracia divina, que no lo abandona nunca, la intervencion sobrenatural de Dios para salvar á la humanidad no tiene ya razon de ser, y la accion sobrenatural de la gracia es igualmente inútil. Ya no debe tratar la criatura de pasar de la imperfeccion á la perfeccion por una transicion súbita; ya no se trata de salvacion ni de cielo; se trata del desarrollo de un sér finito y limitado, pero perfectible. La santidad ó la perfeccion es el fin último del hombre. Es un ideal que no alcanzará jamas: su mision consiste en aproximarse á él incesantemente. Todo lo que se le puede pedir es que trabaje en la obra de su perfeccionamiento: ésta es su justificacion.